

TEXTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO
(Archivo Nacional / Miércoles 20 de Julio de 2016)

RODRIGO KARMY

ESCRITOS BÁRBAROS. ENSAYOS SOBRE
RAZÓN IMPERIAL Y MUNDO ÁRABE CONTEMPORÁNEO.

LOM EDICIONES, 2016.
239 PÁGINAS
ISBN 978-956-00-0717-9

POR GONZALO DÍAZ LETELIER

En esta ocasión me hallo en la feliz circunstancia de presentar un libro escrito por un filósofo que invita a liberar la potencia común de pensar en la materialidad del encuentro, al fragor de las luchas del presente, en la apertura de un poema del pensamiento que desbarata la ficción soberana del “yo pienso” en su misma praxis. En el pensamiento de Rodrigo Karmy alienta una urgente y decisiva interrogación ontológica por el vínculo entre vida y forma. Se trata de una aguda y persistente pregunta por la íntima relación entre imaginación y violencia, enfocándose en la configuración de esa curva monstruosa que va desde la *potencia común de lo viviente* hasta la *potestad soberana y gubernamental* que, en su hipérbole nihilista, captura a la vida en una ecología sacrificial. A propósito de ello, quisiera hacer resonar aquí, en la partida de este eco, una reflexión que Jean-Luc Nancy ha compartido ayer, a propósito del hombre que en un camión desbocado le pasó por encima a la gente durante las celebraciones del 14 de julio en Niza, Francia:

Un camión lanzado para aplastar niños –entre otros– da una imagen insostenible del nihilismo. El propio nihilismo nombra un desenlace: el de nuestra historia y nuestra civilización. / Se apodere de simulacros religiosos o de extravíos psicóticos, se tome por un loco de Dios o del transhumanismo, el nihilismo encuentra la manera de destilarse y de envenenar por doquier, en todos aquellos a los que pueden fascinar las potencias de aniquilación. / No basta con declararles la guerra. Debemos enfrentarnos con nosotros mismos, con nuestra empresa universal de potencia nunca satisfecha. Tenemos que examinar y desmontar los camiones locos de nuestros supuestos progresos, de nuestras fantasías de dominación y de nuestra obesidad mercante. / El mundo está en un viraje. Tiene que inventar un nuevo futuro. Matar a los niños (y a los otros), es matar el futuro sin siquiera hacer existir un presente. No basta con levantar el tono: también hace falta pensar lo que existir puede querer decir, aparte de hacer rodar camiones, mercancías y empresas. / Un político profesional, hombre o mujer, el día de hoy ya no puede eximirse de hablar del sentido de nuestro mundo. Y ello no solamente recitando la divisa de la República francesa, pues cada una de esas palabras es aplastada por los camiones, las mercancías y las empresas, y por la insuficiencia o la negligencia de nuestros pensamientos. / No se trata de acusarnos más que a los fanáticos, los terroristas y los aterrorizados. Se trata de ir más allá de los reflejos condicionados. Pues lo que está en juego es la exigencia incondicional de un mundo posible.

En las palabras de Nancy resuena la necesidad apremiante de preguntas radicales a partir de la imagen de un hecho terrible. En ese sentido, el libro de Rodrigo Karmy es un

libro clave, una llave de acceso a la catástrofe de nuestro presente. Pero también es un pensamiento vivo que abre jovialmente el horizonte de la potencia común de la carne imaginante: una revuelta filosófica, un conato de rebelión pensante, uno que se la juega en la deconstrucción y desactivación de las texturas y pragmáticas que configuran la materialidad de las formas de dominación contemporáneas, de los múltiples dispositivos que asedian la vida pastoreándola, administrándola, o derechamente destruyendo su habitar.

Los «*Escritos bárbaros*» indagan sobre las formas históricas que el imperialismo ha adoptado, principalmente desde el siglo XIX hasta nuestros días, en el mundo árabe, considerando la configuración de las fuerzas, prácticas y texturas que han definido su composición histórica, al hilo de un análisis de los discursos que articulan su espacialización colonial biopolítica y necropolítica. Sin embargo, a partir de la facticidad espantosa de la *nakhba* –que es como particularmente los palestinos llaman a la catástrofe imperial-colonial que sufren desde hace décadas bajo la égida del Estado racista de Israel–, los «*Escritos bárbaros*» también piensan la potencia de la *intifada*, la potencia común trans-étnica y trans-religiosa de esa revuelta esencial e irreductible de la vida que resiste y escapa de los dispositivos que la productivizan o despojan, que la asimilan o desplazan forzosamente, que la mutilan o la aniquilan –allí donde la fractura biopolítica entre vida ascendente y vida sacrificable se expresa en todo su horror. Es decir, allí donde la vida, en virtud del racismo cultural y biologizante que apuntala a la razón civilizatoria, es proyectada como vida “bárbara” y, como tal, es tratada como si fuera *mierda*, la excrecencia sin nombre de un desorden animal que es expulsado a la noche de la muerte, por el régimen soberano de la representación de un “Occidente” que no existe, o cuya existencia efectiva no es más que la violencia de su hiperbólica autoafirmación. El racismo no es aquí un problema sociológico entre otros, ni un asunto que sólo nos puede urgir a mejorar la institucionalidad para la mejor gestión del conflicto, sino un problema filosófico de primer orden, cuya urgencia nos estremece desde la violencia mortífera a la que estamos hoy siendo arrastrados por doquier. No basta con objetivar esa violencia, sino que es preciso además exponer a la luz sus lógicas naturalizadas, míticas, profundas y atávicas, para desnaturalizarlas y así desactivarlas. He ahí una tarea filosófica del presente.

En su primer libro, «*Políticas de la excarnación. Para una genealogía teológica de la biopolítica*», publicado en 2014 en Argentina, Karmy ha descrito, sobre la base de una genealogía de sus matrices teológicas políticas y económicas, el anudamiento biopolítico de las lógicas modernas de soberanía y gobierno –el doble vínculo de la vida con el poder que Foucault analiza enfocando el ensamble de las tecnologías de territorialización político-jurídica e individualización moral que tiene lugar en Europa desde la segunda mitad del siglo XVIII. La genealogía teológica que realiza Karmy del moderno arte liberal de gobernar recalca en una cifra fundamental: la figura teológica de la *encarnación*, que a su olvido como dogma eclesiástico sobrevivió como paradigma naturalizado que articula a la máquina soberano-gubernamental moderna –en el montaje heterocrónico de toda contemporaneidad. Karmy perfila el concepto de “teo-carno-política” para apuntar a esta matriz cristiana de las modernas lógicas de soberanía y gobierno, lógicas anudadas en la función biopolítica moderna como tecnología sacrificial de crianza de humanos. Se trataría de pensar la facticidad en que la potencia del viviente es capturada por la “máquina encarnativa” –máquina que captura la apertura de la *carne* en un *cuerpo* cerrado–, en virtud de tecnologías que van desde la violencia excepcional de la instancia soberana que impone

la ley (es decir, hacer morir al que transgrede la ley y dejar vivir al que obedece) hasta la normalización gubernamental que es heredera del arte del pastado cristiano que pone en obra la interiorización de la ley como norma, la introyección de la obediencia, encarnando la palabra o imagen del Padre (esta gubernamentalidad hace vivir en un determinado sentido, promoviendo y protegiendo a una forma de vida, y dejando morir a quienes no se acogen a su norma antropológica). La *carne*, irreductible, inquieta e informe en la inmanencia material del encuentro, erosiona las texturas de las relaciones asimétricas de poder. La política, a diferencia del dispositivo soberano y policial que se pre-ocupa del *layout* que controla el cierre del cuerpo-individual o del cuerpo-especie, tiene que ver más bien con la apertura de la carne al afuera de la potencia común. Y la constitución apriori-fáctica del cuerpo en el que la carne es capturada ha pasado históricamente por el montaje heterocrónico entre la forma griega de la *mímesis* definida por la ontoteología platónica, su traducción en la *incarnatio* cristiana, y su deriva moderna en la forma de la subjetivación, es decir, del *subiectum* –término que antes de Kant es traducido por “súbdito”, y en el mundo romano nombra al esclavo *sujetado* a la ley de otro. Por lo que la crítica de la metafísica del “cuerpo” que captura a la “carne” pasa por la crítica del *sujeto* cuya soberanía no es sino el gobierno de sí mismo y de los otros en virtud de una racionalidad hegemónica encarnada. Como decía bellamente Miguel Ruiz hace un par de años en la presentación de este primer libro de Karmy al que aquí señalamos, “la carne no puede ser ni sustancia ni accidente, ni sujeto ni objeto, tampoco pensamiento y extensión. La carne ha de ser, por la potencia disruptiva que expresa, un acaecer simplemente”. Yo agregaría: la carne expresa una actualidad de la potencia liberada de esa *disposición* teleológica que siempre cierra y asegura el recinto de un cuerpo –cuerpo individual o cuerpo colectivo, en nombre de la clase, la nación, la raza, la religión o cualquier otra “propiedad” que opere como lo común de la comunidad cerrada.

Ahora bien, es muy interesante ver el modo en que los «*Escritos bárbaros*» remiten a la política de la carne expuesta en aquel primer libro –política de la “excarnación”, de la salida de la carne, del afuera de su desincorporación. La escritura bárbara de este nuevo libro remite a la potencia de la carne como lo que hace posible la resistencia a la máquina soberano-gubernamental, que en lo relativo al mundo árabe adquiere el perfil más filosamente nítido de la máquina imperial-colonial. Es interesante como Karmy, entre un libro y otro, ilumina la situación actual de Medioriente desde una matriz de análisis que va ensamblando los estudios críticos de la biopolítica (Michel Foucault, Giorgio Agamben, Roberto Esposito, entre otros) con los de la postcolonialidad (Edward Said, Joseph Massad, Achille Mbembe, entre otros). Si en el primer libro Karmy abría la escena de un juego de fuerzas entre la *máquina encarnativa* y las *políticas de la excarnación*, en este segundo libro hace algo análogo entre el *dispositivo imperial-colonial del capital* –en sus formas religiosas y seculares– y la *potencia común de la intifada*.

En este sentido, la estructura de los «*Escritos bárbaros*» consta, por una parte, de una dimensión en que el dispositivo imperial-colonial del capital es puesto como problema –bajo la cifra del término soberano-policial de “civilización”–; y por otra de una dimensión en que la *intifada* abre la potencia común de la imaginación –la inquietud de la carne, desde la que cobra sentido el epígrafe de Ibn Jaldún que Karmy coloca en el umbral del libro: “*De todos los pueblos, los árabes son los menos dispuestos a la subordinación*”.

Pero la cosa no es tan simple: precisamente el análisis de las estrategias contemporáneas de la razón imperial en la región pone de manifiesto la necesidad también estratégica de pensar la cuestión de la subjetivación como un problema clave. Si consideramos las estrategias de la colonialidad del capital transnacional apuntaladas por los Estados que hoy gestionan colectivamente el imperialismo bajo el comando de Estados Unidos, nos encontramos con la expresión de una guerra civil global que en la región se despliega bajo la figura táctica de la “balcanización”. Si hablamos de un “dispositivo imperial-colonial del capital” es porque éste consta de una dimensión discursivo-espectacular y de una dimensión de poder político-militar, dimensiones cuyas tecnologías en juego rinden en términos de producción de procesos de territorialización político-económica e individualización moral o subjetivación. En este caso se trataría de territorializar una guerra civil entre los habitantes de vastos territorios de la región, para lo cual se precisa la producción y/o promoción de identidades étnicas y religiosas exacerbadas que generen división y conflicto entre los habitantes locales. El arte de producir subjetividad hoy se usa no sólo para gobernar en el sentido de imponer y administrar un orden, sino que se instrumentaliza también para generar guerra civil y así administrar un desorden. Las lógicas anárquicas del orden geoeconómico global actual, puestas en juego ejemplarmente por Estados Unidos y su séquito imperial, han operado la estrategia de “balcanización” promoviendo las guerras sectarias nacionalistas y religiosas, armando calculadamente a las facciones, con el objetivo de reconfigurar Medioriente en un cuadro de países más pequeños –es decir, más controlables– y divididos y enfrentados –es decir, más débiles. Pero la “balcanización” no es una mera estrategia política, sino que hace parte de una economía de la guerra en la que la política se halla subsumida: el negocio de la destrucción (aparato industrial-militar), el negocio de la reconstrucción (aparato ingenieril e inmobiliario civil), el negocio del extractivismo legal o de contrabando (capital petrolero). Lo han hecho en Afganistán, Irak y Libia, y ahora en Siria.

Pero en el reverso catastrófico de esta historia imperial y colonial del capital que avanza sobre la vida proyectada racistamente como “barbarie” sacrificable, allí hace lugar el brote de la *intifada*: abriendo una brecha más allá de las dos formas tradicionales de comprender la política en la región –esto es, el populismo nacionalista y el populismo islámico–, las revueltas abren el *interregno* trans-étnico y trans-religioso en se juega lo común como poder destituyente, sin la autoridad y vanguardia del “sujeto político”, pues la vida se escapa como puede de los dispositivos del autoritarismo y la explotación, erosionando el texto de la dominación, pero entendiendo que la democracia no es un ministerio.

Para terminar, quisiera leer un poema que escribí como eco de la lectura de este libro, lectura que Karmy me confió en la etapa de la génesis de este libro como libro. El poema se llama «*El animal y el reino*»:

Mientras la sangre riega la tierra
nos tiembla el torso y se nos congela el suspiro.

Nuestro amor es oceánico, cálido,
jugando y desobrando desbarata el tiempo,
ese tiempo que fluye con impronta bélica
capturando, estrujando, torturando, borrando los latidos.

¿A qué jugamos en el orden sagrado de “lo humano”?
Jugamos a odiar alegremente, erosionando las texturas del reino,
animales indóciles guardando festivamente el fuego de la infancia.

Pero también somos la enfermedad de la Ciudad de Dios,
la lepra, la peste y la carne de sus muros,
los animales exóticos en el orden dorado de la esfera
la maleza del jardín del Edén...

Somos el animal selvático de una ecología sacrificial.